Sánchez Gómez, Gregorio, 1895-1942
La derrota: novela de estudiantes / Gregorio Sánchez Méndez; prólogo Michel David Clavijo Barreto. - Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2025.
xx páginas ; 15,5 x 21,5 cm.

ISBN XXXXX

1. Literatura colombiana - Siglo XX - Historia y crítica. 2. Censura literaria - Colombia. 3. Estudiantes en la literatura. I. Clavijo Barreto, Michel David, prologuista. II. Tít.

CDD 863.6

La derrota, novela de estudiantes

© Gregorio Sánchez Gómez
© Michel David Clavijo Barreto, para el prólogo

© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano
Carrera 4 n.º 22-61 Bogotá, D.C., Colombia
www.utadeo.edu.co/es/editorial - 601 2427030

Hecho el depósito legal que establece la ley
ISBN: 978-xxx-xxx-xxx-x
ISBN PDF: 978-xxx-xxx-xxx-x
Primera edición, 2025

Diseño de la colección: Sylvana S. Blanco Estrada
Diseño de cubierta y collage: Sylvana S. Blanco Estrada
Maquetación: Sylvana S. Blanco Estrada
Corrección de estilo: Michel David Clavijo Barreto
Impresión: Xxxxx
Tipografías en títulos y cuerpo de texto: Bagatela. **En cubierta:** Bufalino. Ambas de César Puertas.

Equipo Editorial Utadeo:
Marco Giraldo Barreto, jefe editorial · **Susan Heilbron Luna** & **Sylvana Blanco Estrada**, diseño editorial · **Juan Carlos García Sáenz**, coordinación revistas científicas · **Sandra Guzmán**, distribución y ventas · **Lorena Galindo Guerrero**, asistente administrativa.

✷

En nombre de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano le agradecemos a usted, el lector de esta obra, por apoyar el trabajo de todas las personas que hacen posible que el conocimiento llegue a sus manos al adquirir este texto de manera legal, así como el interés por el conocimiento que producen nuestros investigadores, y el apoyo que pueda darnos para que éste tenga un mayor alcance.

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano 1 Vigilada Mineduación. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución No. 2613 del 14 de agosto de 1959, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 6 años: Resolución 007576 del 20 de mayo de 2024, Mineducación.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización de la universidad.

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

GREGORIO SÁNCHEZ GÓMEZ

LA DERROTA

NOVELA DE ESTUDIANTES

Prólogo de David Clavijo Barreto

Contenido

100 años de *La derrota* 7
Vivir y escribir: Gregorio Sánchez Gómez 8
La derrota: un largo paso por el canal del olvido 12
Testimonio de la ciudad: la huella histórica 13
La novela de estudiantes y el mito de la Atenas Sudamericana 22
Nota del editor 31
Capítulo 1 33
Capítulo 2 43
Capítulo 3 49
Capítulo 4 57
Capítulo 5 65
Capítulo 6 77
Capítulo 7 87
Capítulo 8 101
Capítulo 9 115
Capítulo 10 127
Capítulo 11 143
Capítulo 12 153
Capítulo 13 165
Capítulo 14 177
Capítulo 15 187
Capítulo 16 197
Capítulo 17 205
Capítulo 18 215
Capítulo 19 221
Capítulo 20 229
Capítulo 21 239
Capítulo 22 243
Conclusión 249
Los autores 251

100 años de *La derrota*

Este trabajo es dedicado a Florenia Aponte Cely.

Es probable que quien se acerque a estas páginas no haya escuchado antes el nombre de Gregorio Sánchez Gómez, un escritor nacido en el seno de la pequeña ciudad chocoana de Istmina a finales del siglo XIX, en medio de la transformación del país y en pleno desarrollo de las contradicciones sobre las que germinaría el siglo XX colombiano. Sin embargo, en caso de que el lector haya escuchado antes acerca de este autor, es posible que su nombre le haya evocado inmediatamente *La bruja de las minas*, ya que es este el libro más representativo del escritor o por lo menos el que mejor ha conseguido salir del olvido[1]. De cualquier manera, la obra que aquí reeditamos será, con toda seguridad, una novedad para el lector, pues, salvo por una edición intrascendente de 1925 hecha en Panamá, esta novela ha permanecido oculta a los ojos del público. No obstante, *La derrota, novela de*

1. Esta fue nuevamente publicada en 2010 por el Ministerio de Cultura en el proyecto Biblioteca de Literatura Afrocolombiana.

estudiantes nos ofrece hoy un valioso testimonio del pasado de Bogotá que, sin duda, es importante rescatar. Esa ciudad, la que vivía la primera década del siglo XX y que a menudo ha sido malinterpretada, es traída en esta ocasión de la mano de una nueva edición de la obra de Gregorio Sánchez para dar otra perspectiva acerca de la historia capitalina y los presupuestos del género de la literatura de ciudad.

Sin carecer de calidad literaria, la novela de Gregorio Sánchez (1895-1942), sobresale principalmente por su testimonio histórico y la agudeza sociológica que le permite escenificar las tensiones entre diversos grupos y espacios sociales de la Bogotá de la época. Escrita en 1917 por un joven que recientemente había pasado por la agitación de la vida estudiantil capitalina, *La derrota* es una obra que toma como escenario una ciudad ambigua que pasaba por el año de 1909. Bogotá entonces se debatía en medio de los drásticos cambios y las obstinadas permanencias mientras sus calles eran recorridas por el alegre grupo de los estudiantes, por medio de quienes nuestro autor describe diferentes sectores de la sociedad y representa las conmociones de los individuos y las multitudes que harán presencia en una de las primeras descripciones literarias de una protesta social ocurrida en la ciudad en el siglo XX.

Vivir y escribir: Gregorio Sánchez Gómez

Hijo de una prestante familia del Pacífico colombiano, su padre fue el doctor Gregorio Sánchez, de Quibdó, abogado y comerciante; su madre la señora Rosina Gómez, de Istmina, segundo matrimonio del doctor Sánchez y, por lo demás, envuelta en el silencio. Presumiblemente, la estancia de Gregorio Sánchez en el Chocó fue corta y no es posible precisar si su niñez se desarrolló en Istmina, Cali –ciudad en la que estuvo su familia durante 1914– u otra ciudad. De cualquier forma, el autor de *La derrota* llegó siendo aún muy joven a Bogotá, ciudad en la que haría todos sus estudios secundarios y profesionales. De manera que muy pronto salió nuestro autor del hogar paterno y, como algunos de sus personajes, dejó su tierra para encaminar sus pasos hacia la fría capital. Una fecha tentativa para este viaje

puede ser entre 1906 y 1907. En todo caso, Gregorio Sánchez no pasaría de los quince años cuando llegó a la ciudad.

El joven nacido en Istmina empezó sus estudios en el capital en la Escuela Normal de Institutores dirigida por la orden Lasallista de los Hermanos Cristianos; para entonces, esta estaba a cargo del hermano Juan Teodoro, quien la había dirigido desde 1905. De este religioso se ha dicho que orientó hacia las letras a dos de los mayores exponentes de la literatura en Colombia: José Eustasio Rivera (1888-1928) y Eduardo Carranza (1913-1985)[2], autores de una producción intelectual y artística inigualable, y en el caso de Rivera con *La Vorágine,* profundamente comprometida con los temas sociales de su época. De manera que no sería una locura infundada pensar que el hermano lasallista también influyó en la escritura y los intereses del autor de *La derrota.* Cabe resaltar que para entonces la escuela normalista, al ser una institución pública en época de la hegemonía conservadora, impartió una educación religiosa a nuestro autor.

Más tarde Gregorio Sánchez dejó la Escuela de Institutores para situarse lo más cerca posible de la sombra de Guadalupe y Monserrate. El autor de *La derrota* se inscribió en el Colegio de San Bartolomé fundado en 1604 por la orden de los jesuitas. Es probable que en su paso por el colegio aledaño a la iglesia de San Ignacio haya conocido a Luis Enrique Osorio (1896-1966), liberal bogotano que se convirtió en un referente del teatro colombiano, quien también estudio en el San Bartolomé en la misma época en que lo hizo Gregorio Sánchez y con quien años más tarde nuestro autor colaboraría en una revista semanal. Seguramente también por medio de esta amistad, el autor de *La derrota*, más tarde tendría la oportunidad de conocer a José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1954), liberal de izquierda nacido en Bogotá, reconocido por desarrollar la literatura de ciudad en novelas como *El día del odio* (1952).

---

2. Carmen Elvira Semanate Navia, «Los hermanos de la Salle y su vinculación con las políticas educativas colombianas en el siglo XX», *Acta Hispánica*, n.o II (5 de octubre de 2020): 939, https://doi.org/10.14232/actahisp.2020.0.933-942.

La tercer y última escuela bachiller de Gregorio Sánchez en Bogotá fue el Colegio de Araújo ubicado en la carrera 15 frente a la Universidad de la República –hoy Universidad Libre–; este cambio debió ser decisivo para el camino intelectual de nuestro autor, ya que el colegio dirigido por el liberal Simón Araújo Vélez (1856-1930) significó un paso a una educación laica que también recibirían liberales de izquierda como el líder político Jorge Eliécer Gaitán (1903-1948). Años atrás, Simón Araújo había sido víctima de un exilio que le permitió visitar Alemania; de manera que, cuando le fue posible regresar, tras un paso por Panamá donde fundaría un colegio, este pensador liberal trajo consigo nuevos métodos pedagógicos y, sobre todo, ideas sociales novedosas adoptadas de sociólogos como Émile Durkheim. Es posible pensar que algunas de las ideas de Gregorio Sánchez tuvieron inspiración en las enseñanzas de Araújo, quien probablemente marcó algunos de los futuros intereses intelectuales de este escritor.

La vida universitaria del autor de *La derrota* se dio en medio de las controversias acerca de la raza y la higiene promovidas por las discusiones sociológicas que para entonces eran el centro de la escena intelectual. De hecho, Gregorio Sánchez, ya graduado de Derecho de la Universidad Republicana, dirigida por liberales, escribió pocos años después de finalizar sus estudios algunos ensayos de sociología política en los que discutió estos temas junto con otros problemas de la nación entre los que se encontraban las disputas por la tierra y las injusticias de los terratenientes, la precarización de los colonos, el inhumano estado de los obreros quienes eran explotados por los rústicos industriales[3] y la situación de las mujeres[4], para quienes pedía independencia económica, ya que lamentaba que estuvieran sujetas en todo a sus padres o maridos y no pudieran aportar por sí mismas a la sociedad.

---

3. Véase Gregorio Sánchez Gómez, *Problemas sociales de Colombia*, Editorial Juan Casis (Bogotá, 1920).

4. Véase Gregorio Sánchez Gómez, *Femina, reflexiones sobre la mujer y su destino*, Editorial América (Cali, 1950).

Es probable que Gregorio Sánchez haya hecho amistad con Osorio Lizarazo en medio de esta agitada vida intelectual capitalina mientras se entretenía en las discusiones políticas y las diversiones que la ciudad ofrecía a los estudiantes; puede ser que también allí conociera a León de Greiff (1895-1976)[5] y a los círculos bohemios que por aquel tiempo empezaban a tomarse los cafés de Bogotá. Estas experiencias debieron servirle como material para escribir *La derrota,* pues el año en que finalizó sus estudios (1917) fue también el año en que culminó la obra sobre la que dejó impresas sus visiones de la Bogotá estudiantil.

Lo más seguro es que Sánchez haya abandonado Bogotá rápidamente, ya que en la segunda década del siglo xx el joven escritor visitó diferentes regiones del país para desempeñar algunos cargos administrativos, entre los que se sabe que fue personero en Buenaventura, diputado a la asamblea en Caldas, magistrado en Manizales y juez de circuito en Roldanillo, donde escribió las novelas cortas que serían publicadas en la *Revista Semanal* de Luis Enrique Osorio. En esta etapa de su vida también trabajó para una minera estadounidense. Las experiencias que el autor vivió en la ciudad de Marmato mientras trabajaba para la compañía extranjera serían la fuente de una de sus novelas más conocidas: *La bruja de las minas*.

Después de los trabajos que Sánchez Gómez ejerció en Roldanillo, Manizales, Caldas y Buenaventura, volvió a Cali e hizo de esta ciudad su lugar de residencia hasta el día de su muerte. Estos últimos años son, quizá, sobre los que menos existe información, salvo por las firmas que se han encontrado en sus libros donde precisa la fecha y el lugar en que fueron terminados. Por este tiempo escribió la mayoría de sus novelas largas como *El gavilán* (1933), *El hombre en la hamaca: divagaciones de un ocioso* (1934), *Vida de un muerto* (1936), *Casada y sin marido* (1938) y *El burgo de don Sebastián* (1938); también escribió su último ensayo de sociología titulado *Sociología*

5. Este reconocido poeta de la Vanguardia llegó a Bogotá en 1915 y estudió, al igual que Gregorio Sánchez, Derecho en la Universidad Republicana.

de la política colombiana (1940). Gregorio Sánchez Gómez murió soltero en Cali a la edad de cuarenta y siete años.

La derrota: un largo paso por el canal del olvido

Poco o nada se sabe acerca de las extrañas circunstancias que recorren la primera y única publicación de *La derrota*. No es un dato menor que Gregorio Sánchez, quien ya había publicado en Colombia *La tierra desnuda* (1920) y cuatro novelas cortas en la revista *Novela Semanal*, publicara su *Novela de estudiantes* en una imprenta de Panamá ocho años después de haberla escrito. ¿Por qué –cabe preguntarse– no fue publicada esta obra en la revista de Luis Enrique Osorio, teniendo en cuenta que era una revista bogotana? ¿Por qué no fue publicada en las editoriales de Juan Casis o Palau & Cía., quienes publicaron la mayoría de las obras de nuestro autor, incluyendo *La tierra desnuda*, novela que no supera en calidad a *La derrota* y que fue escrita por un inexperto y muy joven Gregorio Sánchez? Es importante resaltar que, por el tiempo en que Gregorio Sánchez finalizó su obra, el Gobierno y las élites habían construido sobre Bogotá la idea de una Atenas Sudamericana, es decir, la idea de una ciudad que debía ser la capital cultural del país, espacio por excelencia de estudiantes e intelectuales. Esta construcción ideológica implicaba que los estudiantes fueran representados con un estatus moral, económico y simbólico, pues eran los representantes de la gran cultura de Bogotá y, por lo tanto, su relación con las estructuras de poder debía ser representada sin tensiones.

La agitación social que sacudía a Latinoamérica con la revolución mexicana, la revolución rusa y las protestas estudiantiles de Córdoba que pedían importantes reformas a la universidad en Argentina, nos permiten preguntarnos: ¿permitirían el Gobierno y las élites capitalinas, quienes manejaban la industria cultural y los medios de comunicación, que se publicara una obra en la que la Atenas Sudamericana quedaba en entredicho y en la que estudiantes empobrecidos y obreros explotados organizaban conjuntamente una protesta social que recogía a las masas precarizadas compuesta por algunos campesinos desplazados y sin tierras venidos a la ciudad? ¿No es

posible que el miedo a la censura haya hecho que las imprentas y editoriales colombianas cerraran sus puertas a esta obra de Gregorio Sánchez?

Realmente todas estas son preguntas que deberán quedarse, por ahora, sin una respuesta absoluta y que seguirán circundando la misteriosa publicación de la *Novela de estudiantes*. No obstante, cabe la posibilidad de que Simón Araújo, quien compartió con Gregorio Sánchez en el Colegio de Araujo en Bogotá, y quien pasó sus últimos años de exilio en Panamá, ayudara a que *La derrota* fuera publicada por la imprenta La Moderna. Probablemente allí, tratándose de novela acerca de una ciudad extranjera y aprovechando los contactos de Araújo, fuera publicada sin temor a la censura.

De cualquier forma, un estudio de los comentarios que se han hecho acerca de la novela revela que esta pasó desapercibida, por lo menos en Colombia, durante el siglo XX. Salvo por un prólogo a la edición de 1925 escrito por Luis Eduardo Nieto Caballero y una crítica publicada por una revista de España, *La derrota* tuvo poca o ninguna repercusión en la crítica literaria. El siglo XXI tampoco enmendó este olvido, pues no se han hecho más que tres o cuatro menciones de este texto[6]. Es también un hecho significativo que la obra completa del escritor nacido en Istmina ha tenido dos reediciones, una hecha por la editorial Santa Fe de Bogotá y otra llevada a cabo por Sánchez Gómez Hnos., ambas realizadas en 1958 y en las cuales no se editó *La derrota*, aunque esto pudo haberse debido a que La Moderna aún tuviera algún derecho de publicación. En todo caso, la *Novela de estudiantes* fue relegada a un olvido que con esta edición nos proponemos reparar.

Testimonio de la ciudad: la huella histórica

A menudo, cuando se piensa en la Bogotá de la primera década del siglo XX, viene a la mente la imagen de una ciudad triste y colonial ubicada

6. Véase Antonio Altamar, *La novela como experiencia de modernidad en Bogotá. La ciudad, sus escritores y la crítica (1910-1938)*, (Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2020).

sobre el altiplano cundiboyacense en la cordillera oriental, aislada del resto del país, hermética y casi conventual. No obstante, *La derrota* nos muestra una ciudad distinta, una capital que, si bien mantuvo una expresión tradicional en su arquitectura, ya había transformado profundamente sus dinámicas sociales internas y su relación con el país.

Basta con avanzar tan sólo unas cuantas páginas en la lectura de esta novela para darse cuenta de que la Bogotá de *La derrota*, lejos de ser una ciudad aislada, fue más que nunca el centro de Colombia. De hecho, un factor que, sin lugar a dudas, facilitó el desplazamiento hacia la capital fue el tren, el cual permitió hacer viajes desde el río Magdalena hasta Bogotá de manera más rápida, aunque no dejaba de ser un traslado lleno de precariedades. La estación de la Sabana no era entonces la que hoy conocemos sino "una fábrica vieja y desairada, semejante a un vasto cobertizo [en la que] ahumados paredones con huecos obscuros a modo de tragaluces, separaban el recinto de la vía pública[7]". Sin embargo, este medio de transporte no sólo trajo a la capital a miles de personas de todo tipo y de todas las regiones, sino que facilitó una mayor centralización del país en tormo a una capital pujante en la que el sector bancario, el comercio y la educación no tardaron en despuntar. Esta *Novela de estudiantes* no nos muestra una ciudad paralizada en el tiempo; por el contrario, nos muestra los pasos que Bogotá estaba dando para separarse de un pasado del que aún quedaban algunas reminiscencias dentro del ámbito urbano. En la novela podemos ver la agitada Avenida Colón[8] transitada por coches Victoria empujados con caballos junto el tranvía de mulas[9]

---

7. Gregorio Sánchez Gómez, *La derrota* (Panamá: La moderna, 1925), 04.

8. La Avenida Colón es hoy el tramo de la calle 13 que empieza en la Plaza de San Victorino y termina en la actual Estación de la Sabana.

9. Los coches Victoria fueron muy populares en Bogotá, generalmente estaban apostados en la Plaza de San Victorino o en la Plaza de Bolívar. También fueron comunes los ómnibus, coches con mayor capacidad que trasportaban a los pueblos aledaños. El tranvía de mulas fue incendiado durante las protestas de 1910; este dio paso al tranvía eléctrico, que fue incendiado en las protestas de 1948.

que se movía lentamente a comparación de los automóviles que desde 1905 empezaron a aparecer en las avenidas:

> Afuera, en la ancha Avenida, reinaban múltiples rumores. Tranvías repletos de gente, coches de caída capota, automóviles, carros pesados y chirriantes, ciclistas, cruzábanse en todas direcciones, con estruendo de bocinas y timbres. Los gritos de los voceadores de periódicos y lustrabotas se confundían con los de los buhoneros que pregonaban baratijas y específicos. De allá lejos, del corazón de la ciudad, llegaba, como una palpitación sorda, apagado el murmullo de actividades vespertinas[10].

Si bien es cierto que Bogotá conservaba parte de su fisionomía colonial y aún no había sufrido las grandes transformaciones que tendría algunas décadas más tarde, *La derrota* deja ver que la luz eléctrica ya empezaba a dar una cara distinta a la ciudad, no sólo por los postes que desde el primer intento de alumbrar la capital (1889) aparecieron por la carrera Séptima y la Plaza de Bolívar, sino por el nuevo rostro que tuvo la noche bogotana cuando el alumbrado público fue una realidad en 1904. Gregorio Sánchez constató en esta novela la maravilla que representó para las personas de la época una noche capitalina alumbrada por faroles eléctricos:

> La atención de Antonio Velásquez fijábase con fuerte curiosidad sobre la ciudad pintoresca, llena de sugestiones crepusculares. Habían encendido las luces, que daban a la urbe, en la media tinta del anochecer, apariencia fantástica [...] La urbe envuelta ya en los intangibles velos de la noche, las bombillas eléctricas esparcidas profusamente, semejantes a pupilas insomnes, las viejas ermitas que presiden desde la altura el panorama bogotano, y que a esa hora, se rebujaban en misteriosa bruma, todo le producía la ilusión de un enorme pesebre de Navidad[11].

---

10. Sánchez Gómez, *La derrota*, 7.

11. Sánchez Gómez, 8.

Por otra parte, las pequeñas maravillas de la Modernidad que menciona *La derrota* se extienden a los timbres que retumban en las viejas casas tradicionales y las cámaras que ya empezaban a trazar la costumbre del álbum familiar. Todo esto con un sentido del contraste que el autor introduce con descripciones románticas e idílicas interrumpidas por los sonidos que hacen los artefactos modernos que ya empezaban a pertenecer a la vida cotidiana de la época. En la novela también podemos encontrar espacios que marcaron cambios profundos para la ciudad y que hoy han desaparecido o se han transformado; es el caso del famoso Paseo Bolívar[12] y los barrios obreros que se crearon alrededor de ese camino que rodeaba la falda de los cerros orientales:

> En esa época sólo había por allí algunas casuchas de gente pobre, con tiendecitas sórdidas, árboles recientemente sembrados al margen de las cunetas y que apenas comenzaban a levantar, tapias, tejares y campos incultos. Fueron hasta el Chorro de Padilla. Al regresar cruzáronse con algunas muchachas obreras que salían de las fábricas, de los almacenes y de las casas de modas, que iban a toda prisa, pues apenas tenían tiempo para almorzar y regresar sin demora al trabajo[13].

Sin duda, las descripciones de estos espacios, que en la época en que se sitúa *La derrota* fueron marginales, son un elemento que enriquece las perspectivas históricas de la ciudad. Allí descubrimos las chozas, los caminos y las personas que habitaron estos lugares. No obstante, si bien en Bogotá hubo zonas de completa pobreza y algunos sectores esencialmente burgueses, no debe pensarse que toda la ciudad estuvo segmentada por clases sociales. Por el contrario, constantemente las clases altas debían codearse con los habitantes más pobres, sobre todo en el centro de la ciudad. Gregorio Sánchez consigue mostrarnos esto haciendo que sus personajes habiten diferentes formas

12. El Paseo Bolívar es hoy la avenida Circunvalar.

13. Sánchez Gómez, *La derrota*, 186.

de vivienda típicas de principios del siglo: podemos ver las pensiones que aumentaron significativamente con la migración a la capital. Las podemos ver desde la más humilde hasta la más acomodada, pasando por la pensión de estudiantes y de mujeres, así como también podemos ver representadas las grandes casas tradicionales y las que se alzaron con dos plantas en la carrera Séptima, donde el comercio se tomaba los primeros pisos. En la época en que es narrada la historia, Bogotá era una ciudad con una población que crecía y densificaba el espacio rápidamente, de manera que la subdivisión de las grandes casas fue muy común, así como los inquilinatos y las chozas que se construyeron también en las márgenes del río San Francisco.

Por otro lado, debido a la ley de manos muertas que impulsaron los liberales después de 1860, varios de los edificios que pertenecían a la Iglesia fueron expropiados y puestos a servicio del Estado, y aunque los gobiernos conservadores de la Regeneración hicieron un esfuerzo por devolver algunos de estos bienes a la Iglesia, algunos de los edificios que pertenecieron a órdenes religiosas siguieron desempeñando una labor cívica. Este hecho lo constata *La derrota*, pues el convento de Santa Inés, donde Peñaranda lleva a cabo disecciones y estudios anatómicos, fue algunas décadas atrás un espacio sagrado. No obstante, en la novela es un edificio de la Universidad Nacional de Colombia en el que los estudiantes dan un tratamiento laico y burlesco a los cuerpos que yacen allí para ser estudiados:

> Peñaranda penetró al claustro sombrío, dirigiéndose a una de las salas, donde varios estudiantes hacían disecciones anatómicas. La luz diurna, amortiguada y suave iluminaba el recinto y comunicaba un tinte extraño a los cuerpos inertes tendidos sobre las mesas. Los practicantes trabajaban con interés; una rara fruición parecía embargarles; dijérase que para ellos era simple juego de muchachos esa terrible tarea de destrozar carnes muertas, a golpes de escalpelo. Acostumbrados al roce diario con la materia inanimada, con los organismos sin vida, no les asusta el aspecto lúgubre de los cadáveres, y se familiarizan fácilmente con el espectáculo repulsivo de aquellas miserias: ojos hialinos, quietos como aguas estancadas; bocas contraídas, lívidas, algunas crispadas por muecas

de dolor o por sonrisas tétricas; miembros rígidos, deformados por la tumefacción, que parecen estallar. [...] Nada encuentran de espeluznante ni de sobrenatural en la mudez desoladora de la carroña, en la proximidad de los muertos, en aquel vacío fúnebre de la materia en disolución, de la nada espiritual, que tanto impresiona al vulgo. A fuerza de trajinar con humanos despojos, en busca de las incógnitas científicas, tórnanse [...] despreocupados, y a pocas vueltas profesan una filosofía de indiferentes escepticismos[14].

Esta imagen que desarrolla la novela es un testimonio de un edificio que ya no hace parte de la fisionomía de Bogotá, pues fue derribado en 1957 para expandir la carrera Décima. Su cercanía con el Hospital San Juan de Dios le había dado una vocación de servicio para los enfermos, de manera que no fue casual que en 1867 fuera nombrado como la primera sede de Medicina de la Universidad Nacional, tras haber exclaustrado solo tres años atrás a las monjas. Las descripciones prosaicas que desarrolla en esta escena Gregorio Sánchez son una muestra de la influencia del realismo francés de autores como Balzac y Zola, escritores paradigmáticos de la novela social y profundamente influyentes para el desarrollo de la literatura de ciudad en Colombia.

Por otra parte, la imagen que desarrollan algunas obras de principios del siglo XX de los intelectuales reunidos en los cafés de Bogotá discutiendo de grandes temas, es cierta y bien transmitida. Sin embargo, es menos tenida en cuenta la de los obreros y los estudiantes en las cantinas[15] organizando las masas, como la construye *La derrota*. Gregorio Sánchez nos regala algunas escenas llenas de interés acerca de la vida en las cantinas que eran habitadas en buena medida por estudiantes:

---

14. Sánchez Gómez, *La derrota*, 168.

15. La cantina que es mencionada en *La derrota* probablemente estuvo ubicada por la carrera 7 en las cercanías de lo que es hoy el Parque del Centenario por San Diego. En la novela se menciona la Calle de la República y la Calle Real; ambas son hoy la carrera 7.

> En el barrio de San Diego había por aquel tiempo un establecimiento de licores y comestibles, con pretensiones de café, muy frecuentado por estudiantes y cadetes. [...] Dicho salón, largo y estrecho, lleno de bancos y mesitas, era para el público: allí se reunían los concurrentes, a beber y charlar con gran ruido y confusión; el tono declamatorio imperaba; el buen humor era moneda corriente. Una falange juvenil de universitarios despreocupados, inquietos, generosos e iconoclastas, tenía en aquel lugar su parlamento libre: discutían ideas, comentaban sucesos, analizaban hombres. ¡Cuánto político no salió de allí maltratado! ¡Cuánto profesor en paños menores![16].

Estos espacios que son vistos de la mano de un vagabundo bohemio, junto con los ya mencionados barrios obreros del Paseo Bolívar, terminan de completar la imagen de los estudiantes y los obreros: ese sector social que a inicios de siglo apenas empezaba a asomar a la esfera social y que es convertido en personaje por *La derrota*, junto a las obreras que a menudo son olvidadas, y otros sectores miserables, como los niños vagabundos, llamados chinos, las prostitutas y proxenetas como Margot, dueña de un "coreográfico" donde los estudiantes pierden la noción del tiempo en compañía de alegres mujeres; o la pulpera quien "al llegar los [...] camaradas a una esquina donde había una tienda, [una] mujer añosa, sonriente y con aire de proxeneta, les invitó a seguir[17]".

Por otra parte, en las discusiones que Gregorio Sánchez recrea, llevadas a cabo en la cantina de el Circulo Juvenil de San Diego, el autor permite constatar una organización política de tres sectores sociales: los obreros, los estudiantes y los artesanos:

> Hay agitación en el pueblo. Acabo de salir de un Círculo de obreros, a donde fui con el propósito de dar una conferencia. Según pude entender, están

16. Sánchez Gómez, *La derrota*, 35.

17. Sánchez Gómez, 222.

indignados por el último Decreto gubernamental, publicado ayer tarde. [...] La concurrencia protestó unánimemente, haciéndose parte en favor de los artesanos. Era lo que ocurría siempre: de un lado el elemento oficial, incomprensivo, especulador, ciego y sordo frente a los intereses del pueblo; de otro, la masa ingente, laboriosa, extorsionada por el gravamen[18].

En las primeras décadas del siglo xx los obreros eran una fuerza relativamente nueva. No obstante, estos tuvieron en Bogotá un fuerte impacto debido a que lucharon junto a los artesanos, quienes ya tenían una tradición de insatisfacción y resistencia. Por otro lado, los estudiantes, influenciados por las ideas revolucionarias que empezaban a agitar al mundo, tomaron parte de estos movimientos acercándose a los obreros para transmitirles sus conocimientos y ayudarlos a organizarse. Entonces a Colombia la recorría un sentimiento antiyanqui generado por la pérdida de Panamá, de manera que los contratos celebrados con empresas extranjeras, como el tranvía, generaron descontento, sobre todo en artesanos y en pequeños industriales locales, que veían afectados sus negocios por esas contrataciones que podrían ser para ellos. Estas tensiones que caldearon los ánimos en el agitado año de 1910 son las que escenificó Gregorio Sánchez en *La derrota*; allí la cantina se convierte en espacio de organización popular y de allí nace la protesta social:

Oí hablar también de una manifestación popular, a la cual concurrirán todos los gremios de la ciudad. La guachafita tendrá lugar el próximo jueves, según pude entender. [...] Esto último pareció entusiasmar al auditorio. ¡Bravo! Así debían proceder los pueblos en todo, con entereza, con virilidad, como agregados de hombres libres, que si se dan leyes y las acatan saben también rechazar lo que les

18. Sánchez Gómez, 214.

perjudica. El derecho de reunirse y de manifestar por algo estaba consagrado en la Constitución. Y cuando el pueblo quería hacerse presente, sus razones tendrían[19].

Esta protesta social será descrita con maestría en medio de una Plaza de Bolívar que, a diferencia de la de hoy en día, tenía una verja en el centro que encerraba un jardín, pues para 1910 las principales plazas de Bogotá como la Plaza Bolívar, la Plaza de Santander y la Plaza España ya habían sido convertidas en jardines de estilo inglés. De manera que el libro de Gregorio Sánchez nos permite tener la visión de las masas agitadas en un espacio muy diferente al actual; nos permite ver la protesta en las calles angostas de la carrera Séptima y la Calle Florián[20] que fueron las más importantes en esa Bogotá de 1910:

> La afluencia de personas era constante; densos grupos formábanse en el ancho cuadrilátero, invadían el patio principal del Capitolio, llenaban el atrio de la Catedral y se metían en el recinto del Parque. Estudiantes y trabajadores alternaban fraternalmente. Un murmullo sordo, dilatado, producido por el vaivén de la multitud y por las voces numerosas, emergía de la inmensa ola humana, espaciándose en el aire con sonoridades múltiples. En ciertos momentos el ruido del gentío, ruido de enjambre inquieto, tomaba caracteres fragorosos de tempestad distante, como si estuviera incubándose allí en la vía pública y al calor de la unión ciudadana, una actividad nueva, desconocida y temible. Aun lado de la plaza y a lo largo de las calles adyacentes veíanse, en postura hierática pero vigilante, destacamentos de polizontes armados, enviados con anticipación para mantener el orden[21].

---

19. Sánchez Gómez, 215.

20. Hoy carrera 8, frente al edificio de las Galerías Arrubla, que para entonces ya había sido incendiado y no se había terminado la construcción del Palacio Liévano.

21. Sánchez Gómez, *La derrota*, 233.

Así, la novela de este autor representa una de las primeras descripciones de la protesta y también redefine la posición que tenían los estudiantes en la época; estos habían sido descritos como una parte importante del símbolo de la Atenas Sudamericana y como perteneciente a las clases altas y a los círculos de poder, idea que en esta novela se cuestiona. Por otra parte, es interesante resaltar que esta protesta es terminada con una respuesta violenta de las autoridades, quienes arremeten contra los ciudadanos enardecidos.

La novela de estudiantes y el mito de la Atenas Sudamericana

Ahora bien, incluso remontándonos hasta el siglo XVII, nos es posible constatar que ya en *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle la ciudad de Santafé aparece como escenario de obras literarias; una revisión de cada siglo en adelante nos mostraría que no ha habido época en la que Bogotá no haya sido representada en la literatura. De manera que, teniendo en cuenta que hablar acerca de Bogotá no es una novedad, cabe preguntarse: ¿se diferencia la novela de Gregorio Sánchez de sus predecesoras y contemporáneas? ¿Qué la hace diferente? ¿Podríamos atrevernos a decir que es una negación de la representación de la Atenas Sudamericana y un puente entre las obras de su tiempo y la novela de ciudad como la desarrolló Osorio Lizarazo?

Antes de continuar es importante mencionar que siempre que se trata de géneros es difícil no entrar en zonas grises y definiciones que puedan caer en lo arbitrario, pero que son necesarias para entender procesos que nunca tienen límites claros. Teniendo esto en cuenta, podemos apresurar algunas distinciones y aclaraciones. La literatura de la ciudad tiene dos etapas en su desarrollo durante la primera mitad del siglo xx. Por una parte, en las primeras décadas del siglo predomina un tipo de novela influenciada por el naturalismo europeo y el modernismo; esta se caracteriza por los cuadros de costumbres y un refinamiento burgués, los personajes de continuo pertenecen a las clases altas y la ciudad es construida siguiendo la imagen de la Atenas Sudamericana; estos autores quisieron darle a Bogotá un aire

europeo y cosmopolita que gira alrededor de estudiantes e intelectuales. Podríamos nombrar a esta corriente como literatura burguesa. A este estilo pertenecen novelas como *Diana Cazadora* de Clímaco Soto Borda (1900), *La biografía de Gloria Etzel* (1929) de Luis López de Mesa y *Ayer nada más* (1930) de Antonio Álvarez Lleras.

Ahora bien, cuando hablamos de la literatura de la ciudad desarrollada en la década de 1930, principalmente por Osorio Lizarazo, nos referimos a la ciudad que es retratada desde la literatura *comprometida*, es decir, que se preocupa por los problemas de la sociedad y que, en buena medida, busca denunciarlos. Esta se reconoce por "su carácter sociológico con su acusada índole de muestrario de miserias, problemas y dolores sociales[22]". Las obras de este período quieren hacer presentes los temas que preocupan a la sociedad en la que habitan y dejar de lado los modelos europeizantes y burgueses. De manera que la novela de ciudad de la década de 1930 se distingue de sus predecesoras por ese carácter *comprometido* que encuentra como personaje a las masas, sobre todo a las masas exaltadas, y a los individuos precarizados que se vuelven contra los órdenes sociales. La autoexigencia de los escritores comprometidos de escribir pensando en lo social está fuertemente influenciada por la relevancia que desde la segunda década del siglo xx tuvo la ciencia sociológica y los movimientos de izquierda[23].

La derrota, en cuanto a cronología y por su estilo descriptivo que raya en lo costumbrista, pertenece a la primera etapa. No obstante, hay elementos en esta novela que se escapan de su época y que podemos ver como antecedentes de esa novela de ciudad comprometida. Autores como Antonio Curcio Altamar han dicho que esta obra se desarrolla en medio de las clases altas de la capital y que si muestra sectores pobres lo hace desde una posición

22. Edison Darío Neira Palacio, *La gran ciudad latinoamericana: Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo* (Universidad Eafit, 2004), 189.

23. Recuérdese que Gregorio Sánchez estuvo intelectualmente interesado en la sociología y, si bien no fue un simpatizante de la izquierda, si perteneció, ideológicamente, a un liberalismo progresista.

burguesa[24] y apoyando un discurso en su favor, con un tono despectivo, moralista y sin atribuirles ninguna virtud a las clases populares. Sin embargo, olvida el hecho de que gran parte de las circunstancias de la novela hacen que el personaje principal recorra y pertenezca a diferentes lugares de la ciudad que no sólo están fuera de los círculos burgueses, sino que se oponen a estos –lo cual refuerza su carácter de puente entre dos estilos de novela de ciudad, ya que el personaje pertenece al mundo burgués y también a la periferia–. *La derrota* relata de cerca las injusticias hacia los obreros y las vidas de personajes populares como el *chino*, un joven vagabundo, embolador de catorce años. Por otra parte, si bien es cierto que en ocasiones deja sentir cierta censura hacia los comportamientos inmorales, esta censura es hecha tanto a los personajes de clase alta como a los que viven en pobreza, y en el acercamiento a los sectores bajos podemos ver personajes populares muy interesantes como los obreros y algunas mujeres del inquilinato, además del fugaz, pero contundente personaje de las masas:

> La cólera popular subía como espuma. A medida que avanzaban, siguiendo calles diversas, reuníanse nuevos individuos a los espesos grupos. Muchos esgrimían con aire bélico herramientas de trabajo. Pero los encargados de velar por el orden también se multiplicaban: surgían como hormigas de no se sabía dónde, graves y amenazadores, yendo a engrosar las filas de los esbirros[25].

Por otra parte, Gregorio Sánchez, en esta novela, plantea problemas sociales sobre los que más tarde mostró preocupación en sus ensayos sociológicos, como la indefensión de una mujer que nunca ha sido independiente y es obligada a elegir entre la obediencia a un hombre o la muerte;

---

24. Todo apunta a que Gregorio Sánchez tuvo una buena posición social y, teniendo en cuenta que a pesar de haber nacido en Chocó tampoco fue un escritor negro, no es extraño que se le mencione como un escritor burgués.

25. Sánchez Gómez, *La derrota*, 234.

la degeneración de la "raza" por el consumo de alcohol y la prostitución, tema que desarrolla en la novela mostrando el descenso moral de algunos personajes, la mayoría de ellos perteneciente a la clase alta; los excesos de los terratenientes, que son expuestos en la desgarradora historia de Basilio Gozques; los abusos a los obreros, los cuales son expuestos en la novela, demostrando que la paga no es suficiente para sobrevivir y que las humillaciones que estos sufren son inhumanas; las enfermedades que, debido a la mala higiene de la ciudad, acababan la vida de los niños pobres que deben vivir en tiendas o inquilinatos que muchas veces tienen suelos de tierra en una ciudad que aún no había desarrollado un buen sistema de acueducto; e incluso la corrupción en el ejército, la cual podemos intuir en los "cargos especiales" que son ofrecidos a veteranos quienes, a pesar de haber servido toda su vida al ejército, prefieren renunciar a este e incluso a su pensión para no llevar a cabo aquellas sospechosas órdenes. Este caso nos lo presenta *La derrota* con el Coronel, ferviente oficial quien se dirigió a un alto cargo del ejército para reclamar por el retraso de los pagos de la pensión que había ganado por su valerosa participación en la Guerra de los Mil Días. Durante dicha entrevista, el militar no solo prometió pagar la pensión del Coronel con puntualidad, sino que le ofreció un generoso aumento a cambio de que este se convirtiera en su "persona de confianza" para llevar orden a las regiones, todo lo cual debía llevarse a cabo con completa discreción y cautela. Si bien no se nos revela cual era dicho trabajo, podemos imaginar su carácter teniendo en cuenta que esta petición ofende al Coronel a tal punto que prefiere renunciar a la pensión y perder sus ingresos antes que aceptar dicho cargo

Si bien la obra de este autor tiene en muchos aspectos un desarrollo literario típico de su tiempo, ya que describe los excesos de la ciudad con un tono moralizante, como era común en la época, es evidente que también su novela logra diferenciarse de los lugares comunes, en buena medida por su compromiso social. De hecho si la imagen que desarrolla de Bogotá es la de la perdición para el individuo y las masas, esta lo es por los problemas sociales que aquejan a la ciudadanía y que el autor denuncia en esta novela.

Quienes han situado la obra de Gregorio Sánchez entre la novela de ciudad burguesa le atribuyen el subtítulo de *Novela de estudiantes* como una evidencia de la intención, propia de las primeras décadas del siglo xx, de mostrar la Atenas Sudamericana, la ciudad de estudiantes e intelectuales. No obstante, en esto se equivocan, ya que arguyen que en esta novela el estudiante tiene un estatus más alto y que es más valorado entre la sociedad, hecho que lo separa de los demás sectores de la ciudad, sobre todo, los sectores populares. Se dice además que el lenguaje de estos los diferencia por su corrección y, por último, se ha dicho que los estudiantes entonces pertenecían a las clases altas. De manera que estos se convierten en un elemento que permite ubicar a *La derrota* entre las novelas de la ciudad burguesa.

No obstante, los estudiantes en *La derrota* cumplen una función completamente diferente; de hecho, aquí Gregorio Sánchez usa la *Novela de estudiantes* para darle la vuelta precisamente a esa concepción de Bogotá como la Atenas Sudamericana. Por una parte, si bien los estudiantes son un sector apreciado por todos los grupos sociales, esto no los diferencia, al contrario, les permite una movilidad que les da acceso a todo tipo de espacios sociales, como el Circulo Juvenil de San Diego, los sectores pobres del sur y el oriente o las reuniones en casa de las familias tradicionales como los Herrera y los Albornoz. Estos estudiantes pueden salir de una velada en Chapinero a una juerga en San Diego:

> De repente un coche se detuvo a la puerta, y de él bajaron Velásquez y Escobar que venían de Chapinero. Al entrar en el salón una figura escuálida les salió al encuentro, entre vivas exclamaciones. Difícil hubiera sido reconocer a Cucaña, así, a primera vista: parecía muy enfermo; cabellos y barba llevábalos crecidísimos. Abrazó a los recién llegados, conduciéndoles luego a un rincón penumbroso[26].

26. Sánchez Gómez, 211.

Esta facilidad para integrarse en diversos grupos es lo que le permite a *La derrota* mostrar la calidad de las veladas en las casas de las clases altas, pero también que estos jóvenes frecuentan los lupanares, así como retratar la miseria y excesos de los sectores populares, pero también los lazos de empatía que allí se construyen junto a las injusticas que estos deben vivir:

> Las únicas que tenían acceso a la habitación de Teresa eran Petra y Ana Silveria. Supo la viuda captarse desde un principio la confianza de la señorita, y sinceramente interesada por un gran infortunio que creía adivinar, esmerábase por servirla en lo que podía. A poco se estableció entre ellas cierta llaneza cariñosa: viendo el trato mutuo que se daban y la afable manera que tenían de hablarse, ocurría pensar en una amistad muy antigua, sellada por muchos servicios y fortificada por desgracias comunes[27].

En cuanto al lenguaje, la novela nunca muestra que el habla de los estudiantes sea una forma de distinción; de hecho, muchos de los personajes son de otros lugares del país y, si bien hablan con regionalismos y en ocasiones, sin buenas maneras, no por esto son discriminados. Al contrario, la novela de Gregorio Sánchez muestra que en una ciudad como Bogotá que en buena parte es habitada por personas que vienen de diferentes regiones de Colombia la diferencia en el lenguaje y el origen es normal. Por último, es resaltable el hecho de que, al contrario de lo que se menciona en algunas críticas, no todos los estudiantes pertenecen, probablemente ni siquiera la mayoría, a la clase alta. Un ejemplo de ello es Cucaña, quien fue estudiante y habitó una tienda miserable que atiborró de libros:

> Acostumbrados ya los ojos a la penumbra de la habitación, el primero descubrió en el rincón opuesto un bulto tendido sobre el suelo, en la más lamentable y desairada postura. Entonces pudo apreciar también otros detalles

27. Sánchez Gómez, *La derrota*, 165.

> interesantes, que ponían de manifiesto la idiosincrasia rara de Cucaña: tirados sobre las húmedas baldosas, libros y periódicos de diversos tamaños parecían dormir un pesado sueño de olvido, en revuelta promiscuidad. Esos volúmenes, unos fueron comprados con el dinero santo del buen tío de Jaime; otros los dieron a éste en préstamo amigos complacientes que nunca imaginaron que sería eterna la separación[28].

Esta descripción por sí sola desarticula la imagen resplandeciente de la Atenas Sudamericana. En la novela podemos ver por todas partes a "cualquier estudiante pobre con la estrechez de las economías[29]", al estudiante de clase media[30] y también los hay quienes eran adinerados. Además, lejos de representar un *statu quo*, en *La derrota* los estudiantes llegan a tener un papel subversivo, son ellos quienes organizan a los obreros para llevar a cabo la protesta social y son ellos quienes discuten, junto a los artesanos, los prejuicios que tienen los burgueses hacia los obreros y los pobres, así como son ellos quienes denuncian la injusticia de que el Estado negocie con extranjeros cuando a los locales les falta el trabajo: "aquella juventud, como la de todos los tiempos de la República, entregaba su simpatía a los humildes, a los indefensos, gozando en estar con ellos cada vez que les oprimía la ley absurda o la reglamentación tiránica[31]".

Es por estas razones que podemos ubicar a *La derrota* como un antecedente de las novelas de ciudad comprometida y una respuesta al mito de la Atenas Sudamericana. De hecho, el subtítulo de novela de estudiantes,

---

28. Sánchez Gómez, 78.

29. Sánchez Gómez, 123.

30. También en alguna crítica se ha echado de menos la presencia de una clase media en la novela, sin embargo, Clímaco quien trabaja en un periódico para mantenerse, es de clase media, también podemos ver al tendero de la cantina, estos son algunos de los personajes que dejan ver esa clase media en la novela.

31. Sánchez Gómez, *La derrota*, 214.

teniendo en cuenta el tratamiento que la obra hace de estos, podría ser un intento de desligarse de la imagen que las novelas contemporáneas a *La derrota* habían hecho de los estudiantes, retratándolos como un grupo revolucionario, diverso y comprometido por excelencia. Es esto lo que realmente separa a la novela de Gregorio Sánchez de la literatura burguesa y la acerca a la novela de ciudad comprometida.

En esta novela el autor reivindica el papel heterogéneo de los estudiantes en la esfera social, si bien son vistos como pertenecientes a clases altas y a sectores hegemónicos, también son representados en el papel histórico que han desempeñado, en el papel de defensa del oprimido y vanguardia de los cambios sociales, fuera de esa torre de marfil hecha de grandes volúmenes donde quiso recluirlos la Atenas Sudamericana, sin dar cuenta de la diversidad social que representan. Gregorio Sánchez rescata dos imágenes que aún hoy nos son familiares: la del estudiante de clase alta que pasa los días entre libros, cafés y reuniones y la del estudiante del pueblo que acumula libros en las esquinas y no se sube sobre ellos para crearse una posición privilegiada, sino que recorre todas las calles con empatía, las que pasan frente a las casas ricas y las tiendas empobrecidas.

De manera que es posible que, en 1917, de la mano de los estudiantes se haya escrito uno de los primeros antecedentes de la novela de ciudad tal como la desarrolló años después Osorio Lizarazo. El lector tiene frente a sí una novela en la que el individuo y las masas se enfrentan a la ciudad; estos invadirán las calles con la impotencia de sus sueños irrealizados, se dirigirán al frente contra esa ciudad que les había prometido la prosperidad de la Modernidad, pero que los ha dejado en la miseria, a ellos, los hijos del prometedor siglo xx. Por lo tanto, la masa lanzará un único grito hecho de las voces de los individuos que en medio de los golpes de los policías lidiarán su única lucha posible contra la ciudad moderna que ha traicionado sus esperanzas, completando así su última derrota. De manera que traemos esta reedición, ya necesaria después de casi un siglo, con la intención de rescatar del olvido esta interesante obra que tiene el potencial de cuestionarnos algunas preconcepciones de la novela de ciudad y el canon en general.

Referencias

Correa, Clara Victoria Mejia. La novela urbana en Colombia: Reflexiones alrededor de su denominación. *Lingüística y Literatura*, s.f., 63-77. https://doi.org/10.17533/udea.lyl.6296.

Navia, Carmen Elvira Semanate. Los hermanos de la Salle y su vinculación con las políticas educativas colombianas en el siglo xx. *Acta Hispanica*, n.º II (5 de octubre de 2020): 933-942. https://doi.org/10.14232/actahisp.2020.0.933-942.

Palacio, Edison Darío Neira. *La gran ciudad latinoamericana: Bogotá en la obra de José Antonio Osorio Lizarazo*. Universidad Eafit, 2004.

Sánchez Gómez, Gregorio. *Fémina, reflexiones sobre la mujer y su destino*. Editorial América. Cali, 1950.

———. *La derrota*. Panamá: La moderna, 1925.

———. *Problemas sociales de Colombia*. Editorial Juan Casis. Bogotá, 1920.

Nota del editor

La novela de Gregorio Sánchez, además de ser un testimonio de la Bogotá de principios de siglo, es también un testimonio del lenguaje de su época. Es por esta razón que en la reedición que aquí presentamos, la primera en cien años, hemos conservado los términos, expresiones y usos gramaticales de la publicación de 1925. Salvo por algunas correcciones tipográficas, el lenguaje se ha mantenido fiel a la transcripción de la primera y única edición de La derrota, incluyendo lo que podrían ser erratas con las normas de hoy.

Capítulo 1

Era un atardecer frío y suave de los últimos días del mes de marzo; un atardecer de esos que tan comunes son durante los inviernos sabaneros, y que sin embargo tienen siempre un imprevisto aspecto de melancolía. La atmósfera, otras veces húmeda y caliginosa, ostentaba la limpia transparencia de un cristal. A intervalos largos, sacudiendo los follajes pálidos, arremolinando basurillas y polvo, molestando a los transeúntes, una brisa sutil, penetrante como agudo acero, soplaba con ímpetu viniendo del lado de la cordillera. El cielo, de un azul diáfano, puro y metálico, semejante al esmalte, proyectaba una serena claridad sobre los cerros de Monserrate y Guadalupe, esas dos ingentes moles de piedra que, a manera de inmóviles y tutelares colosos, parecen proteger la ciudad.

José Peñaranda, estudiante de Medicina, encontrábase en su cuarto de trabajo, cuarto que hacía parte de un departamento que alquiló para alojarse desde su llegada a Bogotá, en aquella modesta y tranquila pensión de familia. Parecía trabajar, pero en realidad holgaba. Sentado ante una gran mesa cubierta de libros, cuadernos con apuntes, periódicos y revistas, y cuyo promiscuo conjunto presidíalo un cráneo amarillento de sonrisa macabra y cuencas sin ojos, su verdadera ocupación consistía en trazar sobre hojas de papel figuras estrafalarias de personas y animales. No era un artista, pero entendía algo de dibujos, debido a lo cual su lápiz travieso y retozón podía

sin grande esfuerzo interpretar fielmente las cómicas y febriles concepciones de su imaginación.

Si se tiene en cuenta su carácter grave y mesurado, de hombre serio, porque ha de saberse que Peñaranda era lo que se llama un joven de fondo, resulta extraño verle entregado a tan singular y poco provechosa tarea. ¡José ocupado en la inútil faena, en el insubstancial deporte de hacer caricaturas y muñecos como un chico de escuela! No cabía duda, pues, de que sólo trataba de engañar las horas, tanto más lentas cuanto mayor era su deseo de que corrieran veloces. De cuando en cuando dirigía desesperadas miradas hacia una repisa puesta en lugar cimero del muro, y sobre la cual un reloj de campana parecía mofarse de su impaciencia. A veces, levantándose, iba hasta un balconcito a inspeccionar la calle, la que recorría con la vista de extremo a extremo, cual si aguardase la venida de alguien. Aburrido y fastidiado a la postre, tomó el sombrero con ánimo de salir, y ya trasponía el umbral cuando el ruido de un coche que se detuvo a la puerta le hizo prorrumpir en exclamaciones de alivio.

–¡Ah! ¡Por fin, por fin!

Y murmuró entre dientes, retrocediendo:

–Está visto que este famoso Clímaco será siempre lo mismo. Genio y figura...

No tardó en entrar en el cuarto un mozo de mediana estatura, gordo, sonriente. La jocunda y estrepitosa irrupción que hizo en la habitación dejaba adivinar que tenía derechos adquiridos y plena confianza.

–¿Te hice esperar? dijo con tono precipitado, no exento de zumba. ¡Por todos los diablos del infierno! Estos aurigas jamás tienen prisa. Gracias a que somos paisanos, pues de lo contrario lo mando con su arrastrapanzas a la punta de un cuerno. Bueno, aquí me tienes.

–Sí, ya te veo, hombre; exacto como un inglés, respondió con sorna Peñaranda. ¿Dices que el cochero es conterráneo tuyo?

–Eso dije, y en ello me ratifico. Le saqué por el acento y por el modo de echar bambolla. ¡Qué humos de conductor! Pues hijo, has de saber que un

paisa legítimo huele a cien leguas y no se confunde ni con su misma sombra. El hecho fue que nos reconocimos en el acto.

Simulando la seriedad de un dómine, volvió a decir José:

–Lo que sí no me parece bien es tu demora. Me has hecho derramar más bilis que un panfletario. Piensa que cuando lleguemos a la Estación...

–¡Bah! ¿Para qué apresurarse? El tren llegará con seguridad a cualquier hora, menos a la que indican los reglamentos.

–Felices los que como tú navegan imperturbables en un mar de paciencia; qué digo, de santa resignación. Tu flema es deliciosa, Clímaco, pero no digna de imitarse.

–Échale la culpa al medio. Mi padre, autor responsable de veinticinco maiceros, aseguraba que cada cual es fruto de su tierra. En este país hay que vivir despacio, nos decía, y seguir la corriente. ¡Por la Virgen, que tenía razón mi taita!

¿Quién se afana en esta bendita tierra?

Iba a proseguir el alegre montañero su regocijada charla, pero se contuvo al ver la actitud de Peñaranda, de inexorable silencio. Además, el estudiante de Medicina, a quien nada detenía allí, y por el contrario deseaba que partieran sin tardanza, pues el tiempo era angustioso, ya estaba en la puerta invitándole a salir con mudo e imperioso ademán. Algunos minutos después el pobre armatoste del paisano de Clímaco rodaba trabajosamente en dirección a la Estación, tirado por un tronco escuálido, cuya mísera pujanza hacía renegar al colérico postillón. Este era nativo Abejorral, terco en extremo, y parecía no sentir piedad para aquellos infelices jamelgos, que a cada esfuerzo que hacían amenazaban caer reventados.

La estación de la Sabana no era en aquella época sino una fábrica vieja y desairada, semejante a un vasto cobertizo. Ahumados paredones con huecos obscuros a modo de tragaluces, separaban el recinto de la vía pública. Cuando Peñaranda y Clímaco llegaron a ella, parecía hirviente colmena: sordo y prolongado murmullo de voces llenaba el aire; numerosas personas, cuya impaciencia era visible, iban y venían de prisa, empujándose para

tomar puesto. Por un instante los dos amigos permanecieron perplejos, sin saber qué hacer, resistiendo difícilmente la presión de la multitud.

–Oye, dijo Clímaco que se sofocaba: me estoy mareando. Este bambuco me fatiga. Saquemos el cuerpo, porque de lo contrario nos muelen como caña.

–Pensaba precisamente lo mismo, respondió José. Allá veo un sitio que parece un remanso: esperaremos en él.

Avanzaron, y en uno de los andenes exteriores se detuvieron. El movimiento del gentío continuaba, vertiginoso y avasallador: era una turba alegre vestida de colores obscuros. Los semblantes, crispados por la ansiedad, la alegría o la pena, delataban el fondo de las almas. Nadie pensaba en disimular sus sentimientos.

Raro contraste hacían Clímaco Escobar y José, uno junto al otro, en expectativa del tren. Era José moreno, de cabellos abundantes de talle fino y delgado; su mirada franca inspiraba simpatía y confianza; debía de tener entonces veinticuatro años; llevaba traje gris, de corte americano, y fieltro del mismo color; un bastón flexible, vistoso, de retorcidos juncos, colgaba de su brazo. Escobar, en cambio, vestía con cierto desaliño, risueña *négligé* que le daba gran partido entre las muchachas románticas; su gordura de canónigo hacíale parecer ingenuo especialmente la cara mofletuda, de ojos vivaces y burlones.

–¡Uf! ¿No llegará ese mueble? rezongó con ira contenida José, golpeando el asfalto con la contera del bastón.

–Paso de tortuga, paso firme y seguro, sentenció su compañero con irónica conformidad; bastante es que el tren arrime al término de su viaje. ¡Hijo! en mi tierra sería otro cantar.

Casi al mismo tiempo vibró sonoramente una campana. Percibíase a lo lejos desvanecido rumor que poco a poco iba creciendo en intensidad. Súbito asomó en un recodo de la vía, a trescientos metros de distancia, la negra cabeza del tren envuelta en espesa humareda. Moderó de pronto su marcha, al entrar resoplando, jadeante como si sintiera fatiga, en el espacio comprendido entre los andenes; se detuvo por fin, y la muchedumbre que esperaba asaltó los vagones, confundiéndose clamorosa con los viajeros. . . Pero ¿dónde demonios se había metido Antonio? Buscábale por todas partes

José, sin encontrarle; y ya se contraía su frente con gesto de contrariedad cuando sintió una mano que se apoyaba sobre su hombro; luego unos brazos que le apretaban con fuerza.

–¡Chepe, mi querido Chepe!

Repuesto de la sorpresa, Peñaranda exclamó:

–Pero, ¡hombre! ¿De dónde sales? Te hemos buscado en todos los vagones. Creí que te habías quedado en Girardot.

–A menos, intervino Clímaco, que viajara de contrabando; en este país, donde hasta el aire lo gravan con impuestos, hurtarle el bulto a cualquier gasto es algo digno de alabanza.

Soltando una interjección de neto sabor antioqueño, agregó:

–Antes se subía de los zancuderos del Magdalena a este páramo, en varios días. Hoy, aunque sea pujando, se viene en horas que son como siglos. No se puede negar que progresamos.

Entre amable y huraño, Antonio miraba a Clímaco y respondía a sus guasas con monosílabos. En seguida se hicieron las presentaciones, rápidas, de fórmula.

–¡Cuánto tiempo sin vernos! Exclamó José más adelante mientras bregada por abrirse paso entre el gentío; casi te desconozco, Toño; vienes distinto; eres otro. ¿Qué hay en mi pueblo? ¿Tu familia?

–Bien les dejé a todos, chico; a los tuyos y a los míos. Ahí traigo un correo para ti, que mandan de tu casa; una verdadera valija. Pero vamos andando; ¿te parece? Traigo calentura, y este frío me crispa los nervios.

La Estación empezaba a descongestionarse: como una supuración que tocase a su fin, salían los últimos viajeros. Algunos rezagados se empeñaban aun en dar interminables órdenes sobre sus equipajes. Afuera, en la ancha Avenida, reinaban múltiples rumores. Tranvías repletos de gente, coches de caída capota, automóviles, carros pesados y chirriantes, ciclistas, cruzábanse en todas direcciones, con estruendo de bocinas y timbres. Los gritos de los voceadores de periódicos y lustrabotas se confundían con los de los buhoneros que pregonaban baratijas y específicos. De allá lejos, del corazón

de la ciudad, llegaba, como una palpitación sorda, apagado el murmullo de actividades vespertinas.

Los lustrabotas y mandaderos pedían a gritos las maletas para llevarlas.

–He aquí la acémila ciudadana, dijo Clímaco. Esta recua importuna es bien capaz de echárselo a uno a la espalda, con tal de ganar una propina.

Se libraron de ellos, y subieron a un coche, cuyos jamelgos arrancaron gimiendo, al son de nuevas y más iracundas excitaciones del automedonte.

–¿A dónde vamos? averiguó Antonio.

–Al hotel, dijo Peñaranda; mejor dicho, a una casa de huéspedes con honores de hotel. Más tarde sabrás por qué la escogí para que te alojes. No es inoportuno advertirte que los estudiantes vivimos a nuestro modo, y que tendrás que acomodarte a la tradición y a los usos del gremio.

Antonio asintió con mohín displicente.

–Déjese llevar no más, insinuó Clímaco. ¡Por el alma de mi taita que quedará usted satisfecho! Mejor mentor que Pepe, ni el mismo personaje de Fénelon.

La atención de Antonio Velásquez fijábase con fuerte curiosidad sobre la ciudad pintoresca, llena de sugestiones crepusculares. Habían encendido las luces, que daban a la urbe, en la media tinta del anochecer, apariencia fantástica. La Avenida de Colón, punteada a entre ambos lados de florecidos arbustos, se extendía ante él con su graciosa fila de edificaciones antiguas y modernas; en el fondo, como entre un velo de neblinas, las severas torres de la Catedral; más allá, borrosas por la distancia y la sombra, construcciones heterogéneas, escalonadas en desorden sobre las faldas de los cerros, y que hacían pensar, con un poco de imaginación, en arquitecturas de otras épocas. La urbe envuelta ya en los intangibles velos de la noche, las bombillas eléctricas esparcidas profusamente, semejantes a pupilas insomnes, las viejas ermitas que presiden desde la altura el panorama bogotano, y que a esa hora, se rebujaban en misteriosa bruma, todo le producía la ilusión de un enorme pesebre de Navidad.

Como hiciera con calor un elogio de la capital, Peñaranda creyó conveniente decir:

–¿Verdad que es una ciudad encantadora? Tuviste la suerte de entrar anocheciendo, gracias al retraso del tren, y es bien sabido que a esta hora sugieren más los lugares que se ven por primera vez. Cuanto a mí, confieso que me quedaría aquí toda la vida.

Repentinamente el coche paró.

–Hemos llegado, añadió en seguida saltando a la acera antes que los demás.

El edificio ante el cual se había detenido era un caserón de estilo viejo, venerable ejemplar de los que aún quedan en pie como restos de secular naufragio. Era un sobreviviente del pasado. Su aspecto infundía vaga sensación de respeto, tal es el poder sugestivo de aquellas reliquias con sus gruesas paredes de piedra, sus ventanas descomunales, defendidas por férreos barrotes, sus inmensos portones coronados en lo alto por ruinosos escudos de nobleza. Hundiendo la mirada en el enorme zaguán, podían verse los espesos batientes de un contraportón claveteado, casi siempre cerrado. En el interior había un patio grande, penumbroso, claustreado, con palmeras enanas, rosales tupidísimos y árboles de cerezo. Una fuentecilla de bronce, seca y cubierta por el obscuro vello del musgo, levantábase en medio.

–¿Es aquí? preguntó Antonio sorprendido; pero si esto parece un convento.

–A primera vista, sí, respondió riendo José; mas espera un poco y cambiarás de opinión. Te prevengo que la hotelera, si permites que la llame así, o la Superiora, para seguir tu comparación, es nuestra paisana.

–¿De veras?

–Nacida y criada en el Cauca.

–Mejor así, declaró alegremente Velásquez.

–Es un tipo acabado de patrona, dijo Clímaco; una patrona amable y servicial en extremo, que hace honor al gremio. ¡Hurra! Me consta, además, y de ello doy fe, que tiene chifladura por sus conterráneos.

–Hablas como un Notario, apuntó José.

–Y tú como un testigo inhábil. Si me contradices te recuso, mediquillo del Diablo.

Rieron, y entraron. Traspasado el vestíbulo se encaminaron derecho al interior, de donde llegaba, procedente del comedor y a manera de silencioso y fragante saludo, una onda de aire fresco cargada de olor a piñas, papayas y guanábanas. Clímaco anunció el advenimiento del grupo con gritos y otras señales ruidosas.

Salió a recibirles doña Dolores Santacruz, dueña del hotel y a quien José había avisado de antemano. ¡Qué agasajos aquéllos y qué emoción no fingida la suya! Era mujer jovial, lozana a pesar de sus cuatro décadas, de estatura heroica; tenía lo que se llama don de gentes y también el don de la palabra: no la elocuencia, sino la locuacidad. Clímaco estaba en lo cierto: apasionada por cuanto tuviera olor y sabor del terruño, bailaba como una quinceañera cuando a sus puertas acudía algún peregrino de la comarca natal. ¡Qué prestigio el que para ella tenía el paisanaje! Y ahí eran por tanto las atenciones, los mimos, las preguntas y los arrechuchos regionales. ¡Singular mujer aquella doña Dolores!

Antonio comprendió desde el primer momento que se hallaba entre gente conocida, como en su propia casa, y por ello se alegró con la ingenua alegría de un niño. Era el suyo un placer semejante al del viajero que encuentra a un compatriota en tierra extranjera. Cuanto allí veía y oía, incluso el acento de la patrona, le recordaba la apartada provincia, el solar amadísimo.

Después de la comida, que apenas tocó, y durante la cual Escobar divirtió al auditorio con su chispeante charla Y su inagotable humorismo, este último anunció que se retiraba. Como era Cronista de un Diario, tenía que concurrir a la Redacción. Antonio y José dejaron el comedor, y ya en la habitación del primero, cuarto espacioso y bien amueblado, con ventanas a la calle, que le tenían dispuesto, se acomodaron para departir en confianza. Hundido en muelle diván, y con el cuello embutido en gruesa bufanda, Velásquez bebía a pequeños sorbos una mezcla de té, limón y coñac, muy caliente. Se había enfundado en un abrigo de doña Dolores, que le quedaba holgadísimo, lo primero que se halló a mano, y, bien arrellenado en su asiento, iba diciendo sus impresiones. A su frente José, que fumaba un cigarrillo y se había acomodado en una poltrona, le contemplaba de hito en hito, con afectuoso interés.

–Esa calentura no es más que un pequeño brote palúdico, declaró con suficiencia al cabo de un rato: mañana estarás bien, te lo aseguro.

Asintió el otro con vago gesto, y añadió gravemente:

–Sí, no vale la pena; no creas que me preocupa esto. Hace poco me dijo misiá Dolores que es la chapetonada, mál de todo calentano cuando arrima a la tierra fría. Es la anemia del trópico, que estalla más o menos tarde. No sé por qué me siento algo tristón; tengo como melancolía.

–Cabanga llamamos por allá eso ¿recuerdas?

Aquí le dicen guayabo. Pero ya pasará. Es una enfermedad sentimental que no mata, a pesar de ser tan corrosiva. En Bogotá...

Se levantó a tomarle el pulso a Velásquez, encendió otro cigarrillo, y volvió a zambullirse a la poltrona.

–No tenía idea de tu viaje, dijo. Figúrate mi sorpresa cuando recibí tu telegrama de Girardot.

–Fue una improvisación, una genialidad de mi padre. Tan repentino fue mi arranque, que creí innecesario escribirte: hubiera llegado primero que la carta.

Tomando el último sorbo del té, prosiguió lentamente:

–Recordarás la vida sencilla y sedentaria de nuestro pueblo, que ningún cambio o suceso extraordinario turba jamás. Los días corren allá con una igualdad matemática, desoladora. Yo pensaba que aquello sería siempre lo mismo. Pero he aquí que de pronto se le ocurriera a mi padre tener un abogado en casa. ¿No estaba llamado a ser yo una lumbrera de la patria, y el sostén de la familia cuando él faltase? Y como lo pensó lo hizo.

–Hay que abonarle a tu padre esa determinación.

–A mí no me entusiasmó mucho, créelo. Al principio sentí vago temor de separarme, tristeza, disgusto, ¡qué sé yo! La idea de correr a lo desconocido me asustaba. Pronto, sin embargo, me acostumbré al pensamiento del proyectado viaje. ¡Conocer Bogotá! Era un sueño que nacía súbito, sin haber sido concebido; una ilusión repentina que se realizaba, sin tiempo de dejarme en el corazón la dulce emoción del deseo. Ocho días duraron los preparativos, y en ese cortísimo tiempo fui un superhombre, una celebridad: las

gentes me asediaban con sus consejos y congratulaciones, envidiábanme los compañeros, me amaban las muchachas.

–¡Héroe de ocho días! exclamó regocijado Peñaranda. ¡Hermoso y fugaz prestigio!

Algo más habló Antonio sobre intimidades de hogar, sobre sucesos locales, sobre amoríos, y cuando la crónica se hubo agotado, concluyó con indolencia:

–Ten presente, José, que ahora estoy, como dicen, dando palos de ciego. No sé por dónde comenzaré mis gestiones, pero en todo caso a ti me encomiendo. La inesperada libertad de que gozo me tiene deslumbrado y atónito. Además, yo soy aquí un extraño, un forastero.

–Este es el prólogo, Toño; apenas el prólogo de tu nueva vida. Descansa unos días, y de lo demás no tengas cuidado.

Se levantó con lentitud, estirando los miembros. A continuación hizo sonar largamente un timbre eléctrico.

–A ver, a ver, dijo doña Dolores entrando: ¿cómo va ese huésped? ¿le pasó la fiebre?

–Su poción resultó estupenda, respondió José haciéndose a un lado para darle campo; convénzase usted misma.

–¡Cuánto me alegro! Pero miren: si hasta colores le están saliendo ya: ¿no es así, Peñaranda? Me parece que se aclimatará usted pronto, Velásquez.

–Una patrona amable contribuye mucho al amaño, volvió a decir José con galantería.

Y luego, dirigiéndose a su amigo:

–Aquí no extrañarás tu casa, Toño; tenlo por seguro.

La dueña, halagada vivamente, declinaba con modestia tales elogios. Se hacía lo posible, era verdad, pero que no se exageraran sus méritos. En fin, el tiempo diría. Si Velásquez se acomodaba en aquel rancho humilde, ¡tanto mejor! Pero ¡hum! Ella lo dudaba, lo dudaba.

Al retirarse, a modo de una alegre marea en descenso, hizo mil ofrecimientos y augurios venturosos. José no tardó en marcharse también: eran cerca de las once, y estaba comprometido a asistir un enfermo.